

Recibido: 19 de marzo de 2010.

Aceptado: 12 de mayo de 2010.

EL PERSISTENTE DETERIORO DEL DISCURSO HABLADO Y ESCRITO EN ESPAÑA A TRAVÉS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

FERNANDO POYATOS
Universidad de New Brunswick

A la memoria de mi querido profesor y amigo Emilio Lorenzo († 2002)

«A continuación, seguidamente, escucharemos...» (Radio Clásica, Radio Nacional de España).

«La voz de alarma saltó cuando 40.000 pollos fallecieron en una instalación comercial de gallinas ponedoras de huevos en Jajien» (*Diario de Sevilla*, 9.2.2006).

Resumen

Tanto el discurso hablado como el escrito se están deteriorando vertiginosamente en España, en gran parte por los vicios fomentados a través de la radio, la televisión y la prensa. Pocas advertencias por parte de las autoridades en la materia, ninguna guía para periodistas, aun siendo éstos los modelos para sus oyentes y lectores, con lo cual el panorama se presenta invadido de una serie de errores de diferente calibre.

Nuestra propia responsabilidad aflora hoy como ayer a la luz de muchos otros nuevos ejemplos (provenientes incluso de figuras públicas) tomados de diversas fuentes, especialmente de una prestigiosa emisora nacional de radio. Se ilustran aquí malas construcciones, injustificados neologismos y anglicismos, falsos cognados, etc., y un gran número de errores al pronunciar palabras inglesas que los medios de comunicación usan a diario; todo ello enmascarado a menudo por el supuesto nivel intelectual de quienes hablan y escriben para nosotros.

Palabras clave: Discurso hablado y escrito, deterioro, medios de comunicación.

Abstract

Both spoken and written speech in Spain are rapidly deteriorating, in good part through the poor habits spread through radio, television and the press, despite occasional warnings by authorities in the field, yet without having tried to work out some

sort of guide, as suggested here, for those who should act as models for their listeners and readers but do just the opposite. Our own responsibility, confirmed by reviewing some previous criticism, is obvious in the light of many further examples (displayed even by public figures) and by exploring different sources, particularly a prestigious national radio station, to illustrate poor constructions, unjustified neologisms, false cognates, etc., and a great number of errors when pronouncing English words they must use daily; all of which is often masked by the at times assumed intellectual rank of those who speak and write for us.

Keywords: Spoken and written speech, deterioration, mass media.

1. *El problema y nuestra responsabilidad hacia él*

Oyendo (y escuchando, ¡que no es lo mismo!), mientras trabajaba, la emisora nacional canadiense de radio clásica de la CBC, y, en veranos y sábaticos, Radio Clásica de Radio Nacional de España (aparte ocasionalmente de programas de noticias en el coche), anotaba en la otra pantalla de mi ordenador lo que como hispanohablante me chocaba o hería los oídos: no sólo usos inadmisibles, cuando nuestra lengua hablada y escrita parece deteriorarse cada día más, sino la pronunciación innecesariamente incorrecta de distintos tipos de palabras inglesas utilizadas frecuentemente por necesidad o por pedantería. Cuando de tarde en tarde leo algún periódico, que suele ser cuando me lo ofrecen en el tren o en el avión, enseguida distraen irritablemente mi lectura las incorrecciones (incluyendo las de puntuación) que lo salpican. Incorrecciones que se reflejan igualmente en el discurso oral de muchísimos hablantes; pero, aún peor, de los que, por dirigirse al país entero, esperaríamos que pudieran servir de modelo a sus radioescuchas y telespectadores¹. Lo cierto es que casi nunca he observado ese tipo de fallos en ningún periódico o emisora de prestigio en el mundo de habla inglesa (excepto, tratándose de palabras extranjeras, oír, por ejemplo, que *Mánuel de Faya was born in Cadís*). Ya hace años vi justificada mi preocupación al leer la respuesta de Fernando Lázaro a la queja de que la Academia no difundía sus opiniones acerca de los usos, buenos o malos, que iban surgiendo: «la Academia confía, tal vez demasiado, en la probidad profesional de quienes han decidido, con título universitario incluido, comunicarse por ondas y prensas con el público» (Lázaro 1998: 310). Y, claro, la evidente consecuencia de esa falta de responsabilidad por parte de esos profesionales es que a diario contagian a nivel nacional a gran número de inocentes y vulnerables hablantes y lectores de todos los estratos sociales, necesitados de modelos

¹ Del discurso que se oye en la televisión oigo lo suficiente a diario en los últimos diez años, aunque a retazos, en demasiadas habitaciones de un hospital español de cuidados medios y paliativos.

fiables. Porque no es exageración decir que actualmente podría un alumno de lingüística (y, mejor aún, periodismo) hacer un importante trabajo sobre las incorrecciones detectadas en la prensa o a través de los micrófonos.

Aquí —apartándome por primera vez de cualquiera de las áreas que comprende mi campo habitual de estudio, la comunicación no verbal— sólo quisiera comentar algunos ejemplos de ese creciente repertorio de incorrecciones léxicas, gramaticales y fraseológicas, sin olvidar la frecuentísima pronunciación inadmisibles del inglés en la radio. No lo hago con intención meramente anecdótica o crítica, sino principalmente para ilustrar una vez más las consecuencias de que esas personas hablen y escriban mal, sugiriendo la elaboración de ciertas normas que sirvieran como guía para el uso estándar correcto de nuestra lengua. Y, además, para tratar de frenar un poco a los muchos malos conocedores del inglés acerca de su osadía y falta de responsabilidad frente a sus audiencias de radio y televisión.

2. «Realizar» y «efectuar»

2.1. Puede que en alguna ocasión no haya oído en Radio Clásica los verbos *realizar* y *efectuar*, sino algunos de sus sinónimos, pero, en general, su personal evita conspicuamente (como cada vez más en los otros medios) sobre todo nuestro versátil *hacer*, por ejemplo, refiriéndose a una grabación, una composición, una presentación, un viaje, etc.: «En uno de los viajes que el compositor realizara [subjuntivo tratado más abajo] a Londres...», «De esta colección de baladas hemos realizado una selección...», «Una grabación que Radio Clásica efectuó en el teatro...», «El sorteo lo efectuaremos...», a veces repitiendo uno u otro en frases contiguas.

Hay quienes sistemáticamente evitan «componer» o «escribir» en frases como: «este concierto, que realizase, mejor dicho, que estrenase...» o «Este lied lo realizó Alma Mahler...», evidentemente creyendo que queda mucho mejor *realizar* o *efectuar*. Un presentador español nos decía durante un concierto en directo, al oírse la voz de quien lo presentaba en otro idioma: «...está realizando la presentación de los músicos», con lo fácil que sería decir «está presentando a los músicos» o «haciendo la presentación de los músicos»; y en otra ocasión nos informaba uno de sus colegas: «Los profesores están procediendo a realizar la afinación». Por su parte, Radio 5 nos daba la triste noticia de que un padre y un hijo habían caído por un acantilado «cuando se encontraban realizando una excursión», en lugar de «cuando iban de excursión».

Pero el prurito de decir *realizar* se ha hecho también endémico en la prensa y para cuanto haya que comunicar por escrito. Decía una vez un periódico, cuya referencia he perdido: «el pincho [premiado] de la «palme-

rita de ajos tiernos» se realiza con una pasta de hojaldre que se realiza en forma de cucurucho», palabras puestas en boca del ganador de un concurso; lo mismo que en un digno articulito sobre una exposición fotográfica mía, una aún muy joven, inteligente y atractiva periodista, me citaba como si yo hubiera dicho que «realizaba mis fotos...»; porque también sobre otras fotos leemos, por ejemplo: «esta foto la realizó durante...». Así como leemos por doquier: «Este tren realiza paradas en...» (en lugar de «para en»), «La venta de billetes se realiza en...» (en lugar de «están a la venta», o sólo «en»), «Para realizar una llamada, pulse...» (en lugar de «para hacer» o sólo «para llamar»); una carta de la ONCE informaba a sus afiliados: «Pueden realizar sus preguntas...» (en lugar de «hacer» o «dirigir»); *El País* (10.3.2009) nos decía: «Obama ha aceptado la invitación realizada por el primer ministro turco», etc.; y en una reciente *Magazine* de *ABC* (29.3.2009) se nos dice, a propósito de ese peligrosísimo, a veces mortal y siempre estúpido deporte del «salto base», que «se realizan unos 25.000 anualmente en todo el mundo», y que Fulano «ha realizado más de mil saltos el año pasado».

Por supuesto que hoy casi ningún operario que se precie de hablar correctamente deja ya de imprimir en su tarjeta, o en una hoja pegada en la pared, que «Se realizan trabajos de...», y Electrolux Electrodomésticos España, S.A., nos asegura que «para la puesta en marcha» ellos nos «realizarán el desanclaje de los seguros de transporte». Para el uso de un teléfono móvil se nos instruye «para realizar una llamada» (siempre habíamos dicho «hacer una llamada» o simplemente «llamar»), y la señorita que me atendía hace poco en una tienda de Telefónica sólo se refirió continuamente a: «Si usted la realiza desde su móvil...», «Y puede realizarla indistintamente...», etc. En las condiciones de venta de unos productos, el BBVA informa: «El vendedor realizará la entrega del producto...» (más digno, al parecer, que simplemente «entregará») y «la recogida del producto la realizará...» (en lugar de «el producto lo recogerá...»), y en sus cajeros automáticos se nos anima así a utilizarlos: «Realice sus ingresos [...]», «Realiza tus operaciones [...]».

Un reciente ejemplo de esta especie de obsesión léxica lo vi en el pie de una foto en el libro de 2008 *Franco, mi padre*, de J. Palacios y S.G. Payne: «Retrato de Carmen Franco Polo, hija del general Francisco Franco, con gorra cuartelera y realizando un saludo militar (EFE)».

2.2. En cuanto a *efectuar*, además de los ejemplos citados, un presentador de Radio Nacional (donde creo poder afirmar que nunca he oído decir, refiriéndose a una grabación, sino *efectuar*), se refirió, en directo desde Varsovia, a la música que Mozart «efectuó» en Salzburgo, repitiéndolo luego con «realizó», pero nunca que la «compuso» o «escribió». La verdad es que desde muy joven me han dado pena los extranjeros que en las estaciones no

oyen decir lo que probablemente aprendieron, que un tren o autobús «va a salir» («va a partir» sería bastante internacional), sino que «El tren Altaira con destino a Madrid-Atocha va a efectuar su salida», una perífrasis que jamás les enseñaron. Hace poco lo pensaba una vez más oyendo anunciar en Atocha que el tren con destino a Algeciras «efectúa paradas en Córdoba y Ronda». Pero nuestro «hacer» se echa de menos también en numerosos textos, como en una edición de Edimat Libros (2003) de las ilustraciones de Doré para el *Orlando furioso*, cuyos comentaristas nos dicen: «nos proponemos en el presente volumen efectuar unos comentarios de su protagonista por excelencia, *Orlando*», y «hemos realizado extractos [en el texto]».

2.3. Pero no es de extrañar esta preferencia por la palabra que parece más digna a muchos usuarios de nuestra lengua, puesto que el Ayuntamiento de Algeciras pide a los ciudadanos «depositar la basura de 21:00 a 22:30 H» (en lugar de «dejar» o «poner»), mientras que el de San Fernando informa en una placas que los que paseen a sus perros están obligados a «recoger los excrementos que viertan en las aceras» (en lugar de «dejan», ya que precisamente lo que «vierte» un perro no hay quien lo recoja, aparte de que no media vasija alguna, como nos especifica el *DRAE*). Y muchos escriben hoy, o nos dicen por la radio, que, leyendo la carta en un restaurante, «se decantaron» por tal plato, o que se han «decantado» también cuando han tenido que «decidir» a qué lugar ir de excursión, o para «elegir» una *miss*, un vino o un candidato a algo. Claro, que también en una ocasión todo un sabio decano me presentó como conferenciante diciendo: «imparte docencia en Canadá» (cuando alguien me pregunta qué imparto, pregunto yo: «¿Que qué enseño?», o simplemente contesto: «Pues enseño...»).

3. «Producirse»

El *DRAE* dice de *producir* que «Se usa hablando más propiamente de las obras de la naturaleza, y por extensión, de las del entendimiento», a lo que podría añadirse: «y refiriéndose a algo inesperado e incontrolable, como una explosión o un accidente». Pero oímos frecuentemente en Radio Clásica frases como: «Ya saben ustedes que estos conciertos se producen todas las semanas», «El concierto, que se producirá a las ocho...», «La redacción de la obra se produce cuando...», «La grabación se produjo...», «Su estreno se produjo en el año...». Presentando un homenaje a Odón Alonso, se llegó a decir: «se producirá el ofrecimiento [del homenaje]...».

Se está extendiendo irremediabilmente este uso incorrecto de «producir» en su pasiva refleja, sin un agente expresado, aplicándolo a frases en las que podría decirse que el «concierto se celebrará», o «tendrá lugar», incluso «será a las...». Lo mismo que la redacción de una obra, o su grabación, más

bien «se hace» o «se lleva a cabo», o especificando el sujeto agente: «Fulano llevó a cabo la redacción».

Porque, además, un concierto o una redacción sí pueden, por ejemplo, «producir asombro», como un escritor o una tierra pueden «producir» mucho, y una cuenta bancaria «produce» un interés, pero esas consecuencias no «se producen» como se produce una explosión, un terremoto, un cortocircuito o una reacción química, y mucho menos aplicado como leemos y oímos en los medios: «La visita del presidente se producirá...», «El encuentro de los dos líderes se producirá...», o «El estreno de la obra se produjo...». Y, refiriéndose al debate Rajoy-Zapatero, en febrero de 2008, su moderador nos dijo que «Desde el momento en que se produjo la aceptación por parte de los candidatos...», en lugar de decir, por ejemplo: «en que acordaron». Claro que de bien poco pueden servir comentarios como éstos si todo un señor académico nos hace dudar cuando, en su discurso de contestación al de recepción, nos asegura: «nuestro encuentro más fecundo [...] se produjo en noviembre del año 2000, en Santiago de Compostela, en la cena que siguió a un acto [...]»².

4. «Proponer»

Siempre me ha llamado la atención en Radio Clásica un frecuentísimo uso del verbo *proponer* para presentar una pieza musical: «Les propongo...», o «La versión que nos propone la orquesta...». El *DRAE* nos dice de *proponer*: «1. Manifestar con razones una cosa para conocimiento de uno, o para inducirle a adoptarla». Efectivamente, cuando se nos propone algo, cuando se nos hace una propuesta, existe la posibilidad de que lo aceptemos o rechacemos (y es improbable que en Radio Nacional nos digan eso pensando que podemos decidir escuchar lo anunciado o apagar la radio), aunque el que nos satisfaga o no, podemos decidirlo *a posteriori*. Es cierto que tampoco resulta muy censurable, pero en cierta ocasión me pareció demasiado su repetición en una breve introducción: «Les propongo la audición de [...] en la versión que nos proponía la orquesta [...] en la grabación que nos propone el sello [...]».

5. «Desplazarse» y «departir»

Al hilo de vocablos que se creen más elegantes, como «realizar» y «efectuar», no cabe duda que ya hemos aceptado respetuosamente esa especie de discriminación nada democrática según la cual nuestros reyes, príncipes

² Pere Gimferrer, en contestación al discurso de Darío Villanueva, ambos en *El Quijote antes del cinema*, Madrid, Real Academia Española, 2008, pág. 172.

y políticos más importantes no «conversan», ni «charlan» entre sí, sino que *departen*: «Con la afabilidad por bandera el Rey Don Juan Carlos I departió con periodistas, civiles y militares durante el ágape [siempre más propio de un rey que un «banquete»] celebrado en honor del monarca [...] Durante el tiempo que permaneció en Armilla tuvo ocasión de departir con el personal de la base» (*ABC*, 26.3.2009); y si van a algún lugar dentro del país, generalmente no «van», o «viajan», sino que *se desplazan*. Por otra parte, a los ciudadanos mayores andaluces se les dice que con su «Tarjeta Andalucía Junta Sesentaycinco» podrán «Realizar desplazamientos por Andalucía en autobuses interurbanos», que, con «realizar» y todo, suena mucho más digno que «viajar por Andalucía».

A propósito de viajar, en Radio 5, refiriéndose a las condiciones del tráfico de vuelta de Semana Santa, una locutora se refería no a «los viajeros» que andaban por las carreteras, sino a «los viajantes», como si todos los representantes del comercio español se hubieran echado a las carreteras a la vez «para negociar ventas o compras», como define el *DRAE* sus funciones.

6. «Escuchar» por «oír»

Cuando en Radio Clásica se nos dice que una obra es «muy poco escuchada» (en lugar de «muy poco oída» o, tal vez mejor, que «se oye muy poco»), parece, estrictamente hablando —pues claramente nos dice el *DRAE* que *escuchar* es «Prestar atención a lo que se oye»—, como si realmente la radiaran, pero no quisiéramos escucharla, o que no hay interés por esa pieza. Pero aquí habría dicho don Quijote: «¡Con el vertiginoso, imparable e incorrecto uso de *escuchar* por *oír* hemos topado, Sancho!». En un interesante artículo del *Semanal* de *ABC* (15.2.2009) sobre aterrizajes forzosos, nos cuenta su autora que cuando los dos motores de un Boeing 767 de Air Canada dejaron de funcionar, «de repente se escuchó un largo campanazo», en lugar de «se oyó»³. Es como cuando en uno de los transbordadores entre Algeciras y Ceuta oímos (y tal vez escuchemos también, por si nos interesa) una dulce voz femenina que nos advierte: «En caso de emergencia escucharán una señal», en lugar de «oirán».

Cada vez más hablantes dicen: «He escuchado decir que...», en lugar de «He oído decir que...», y «Habla más alto, que no te escucho» o «¡No me

³ Para escribir poco después que un comandante debe «transmitir confianza a los pasajeros para que no sean presas del miedo», en lugar de «presa del miedo» (que me recordó cuando mi padre, profesor de lengua y literatura, nos enseñaba a decir «novelas rosa», como adjetivo calificativo invariable en número, y no «novelas rosas», curioso descuido que yo mismo no corregí en las pruebas de un libro mío, por lo que tal vez algún lector de este artículo piense: «Te está bien empleado»).

hables, que no te escucho!» (lo cual suena tan descortés como «Asómate, que no te miro»), en lugar de «¡No me hables, que no te oigo!» (por algún impedimento); o como muchos probando una megafonía: «¿Se escucha? ¿Se escucha?» Al parecer se ha convertido en otra irremediable barbaridad lingüística que no deberían usar quienes tienen la responsabilidad de hablar correctamente e incluso de ser modelos en su uso del idioma, aparte de las muchas figuras públicas y otros famosos que, con un nivel bajo de cultura, nos hablan constantemente por la radio y la televisión.

Ya cité anteriormente (Poyatos 2006: 280) a un conocido corresponsal que desde Bagdad nos decía: «Desde el hotel escucho los misiles» (queriendo decir que pasaban tan cerca que los podía oír), y que no usó bien este verbo ni una sola vez, y también a nuestro entonces presidente Aznar defendiéndose repetidamente en el Congreso: «Sin embargo, no he escuchado críticas a [...]». Pero esta confusión parece ya humanamente incorregible y así nos la ilustran a diario, incluso cuando, semánticamente, debería repetirse oír: «A Zapatero le sirvió el encuentro [...] con Biden para dar por cerrado el dislate de los Balcanes y la OTAN y para escuchar lo que seguro no quería oír: la Casa Blanca le agradece los servicios prestados en Irak» (*ABC*, 29.3.2009); «Brown, víctima de un micrófono abierto [...] Llamó “fanática” a una votante en un acto de campaña cuando pensaba que no le escuchaban» (*Área* [Ceuta], 29.4.2010). Y, por supuesto, la persona que en el Centro GAES de audición me “realizó” (como ofrece su anuncio) una prueba, me pedía constantemente que le indicara si «la escuchaba» o no.

7. Los imparables «el mismo», «la misma» y «desde...»

Tanto nuestros hablantes como nuestros escritores y traductores mal formados (pero es aún peor en los primeros) nos acribillan de la noche a la mañana con este tipo de construcción anafórica (pronombre o posesivo que remite a un término ya expresado), en lugar del posesivo o el pronombre. De los presentadores de Radio Clásica he anotado, entre otros muchos ejemplos: «Es miembro del cuarteto y director del mismo», en lugar de «miembro y director del» o «y su director»; «[...] Rachmaninoff tuvo una depresión. Salido de la misma [...]», en lugar de decir simplemente «cuando salió de ella»; «Hemos escuchado la Sexta Sinfonía de Beethoven, la *Pastoral*. La interpretación de la misma...», en lugar de «Su interpretación...»; «...el concierto... El mismo se estrenó en...», en lugar de «se estrenó». Y si oímos esto a cultos comentaristas de Radio Clásica, no puede extrañarnos que Electrolux, a continuación de agradecernos «la compra de este producto», nos diga: «Asimismo, le recordamos que para la puesta en marcha del mismo tiene Vd. dos opciones»; ni que lo leamos ya en cualquier escrito que nos pegan por las paredes o en tablones de anuncios, como he visto

en la puerta de una «Baguetería» de San Fernando: «Se prohíbe consumir alimentos y bebidas en este establecimiento ajenos al mismo» (en lugar de escribir «de fuera» o «que no sean de este establecimiento», además de mejorar su sintaxis).

Sobre este uso de *mismo* y *misma* escribió Alarcos (1994: 127), calificándolo de «no normal»:

En la prosa periodística se emplea a veces sin necesidad el indefinido *mismo*: *Esta Dirección General dará a conocer la convocatoria de la segunda vuelta, así como los resultados de la misma*, donde bastaría con escribir *sus resultados*.

Aún lo atacó más Lázaro Carreter (1998: 311), refiriéndose a su «disparatado apogeo». Y dijo, tras referirse a una frase concreta que oyó en la radio:

Y ahí está ese terrible *mismo* con que nos afligen de continuo prensa y ondas. «Se detuvo un coche y una señora bajó *del mismo* (por *de él*); «...policías destinados a custodiar *el mismo*» (por *a custodiarlo*); «una manifestación que transcurrió con normalidad durante todo el recorrido *de la misma*» (por *durante todo su recorrido*) (Lázaro 1998: 200).

Más tarde citaba incluso el *Esbozo de gramática* de la Academia (1973), que ya nos advertía:

Conviene llamar la atención sobre el empleo abusivo [...] del anafórico *el mismo*, *la misma*, por considerarlo acaso fórmula explícita y elegante. Pero no pasa de vulgar y mediocre, y cualquier otra solución: pronombre personal, posesivo, etc., es preferible (Lázaro 1998: 310).

Desgraciadamente, no parecen consultarse estas guías en los medios de comunicación. Y, efectivamente, como dijo Lázaro en su primer *El dardo en la palabra*, refiriéndose a esas «zafiedades» que «oímos o leemos impávidos en todas las prosas que se nos dirigen desde los púlpitos radiofónicos, televisivos, parlamentarios, jurídicos, periodísticos, profesoraes»: «Lo malo es que no parecemos ser muchos ya los sobrevivientes de una cierta sensibilidad por el idioma» (Lázaro 1998: 312).

Y decía entonces: «Hasta ahora, no ha pasado a la lengua coloquial» (Lázaro 1998: 311). Pero muy poco después, yendo yo en el metro madrileño, disfruté cuando un hombre reclamó la atención de los viajeros y nos dijo: «Perdonen que les moleste, señores, pero estoy sin trabajo, vivo en una pensión y necesito dinero para pagarme la misma».

A Mariano Rajoy le oímos decir por la radio en 2007 (no sé si leyendo), tras mencionar a la Guardia Civil con motivo del asesinato de dos miembros del Cuerpo: «El Partido Popular está con todos y cada uno de los

miembros de la misma». Con todo mi respeto hacia el Sr. Rajoy, cuánta razón tenía Lázaro al escribir:

si hemos de fiarnos de muchas personas de carrera para que se erijan en custodios de la dignidad civilizada de nuestra lengua, aviados estamos con *las mismas* (Lázaro 1998: 313).

Lo malo es que alguien que se sienta más seguro con explicaciones como éstas de nuestros académicos de la lengua, puede sentir de pronto cierta confusión abriendo su *DRAE* y, al buscar, por ejemplo, «efeméride», leer: «Acontecimiento notable que se recuerda en cualquier aniversario del mismo».

2.3. Aunque ya Lázaro lo criticó duramente (1998), insistamos acerca de ese uso, que parece extenderse imparablemente, para referirse a que algo se lleva a cabo, o se dice, *desde* una actitud o actividad: «Hemos de actuar desde la solidaridad», «Y esto lo hacemos desde el amor», «Es una afirmación que hago desde el convencimiento de que...». Sobre la muerte de la cantante Mari Trini leíamos en *ABC* (8.4.2009): «Se ha despedido como vivió, desde la ardiente intimidad, desde la siempre defendida torre de su soledad». Incluso leemos en el prólogo de un libro (que, desgraciadamente, no puedo identificar por temor a promocionar su lectura): «Este libro lo escribo desde la Iglesia», aunque se refiere no a actividad o actitud, sino a una institución, pero que, dicho así, nos suena a «desde el templo» o «sentado en un banco de la iglesia», por no haber dicho que ha escrito su libro, por ejemplo, «como miembro de la Iglesia», o «con la Iglesia» (tampoco aplicable en absoluto en su caso). Efectivamente, nos hiere el oído tanto oírsele como leérsele a los muchos a quienes habría que corregir cuando se dirigen a nosotros a través de la radio, la televisión, en una homilía dominical o en la prensa, pues evidentemente dan por normal y correcto su uso de esta preposición de la que se quejaba Lázaro: «de pronto, *desde*, ha empezado a usarse sin marcar lugar ni tiempo, y hasta sin apuntar a nada, como en inglés» (Lázaro 1998: 52). Aunque tampoco creo que sea para llamarlo «*desde* anglobárbaro», ya que la conocida frase del poeta W.B. Yeats que él cita, «all creation is from conflict», no es propia del uso estándar sino eso, una frase suya. Precisamente el inglés cuenta no sólo con *from* como preposición, sino con *since* como adverbio, preposición y conjunción, cada uno con distintos significados y usos que el lector puede encontrar en un buen diccionario *Oxford* o *Webster*).

8. El abuso del subjuntivo en *-ra*

El subjuntivo en *-ra* está tomando también carta de naturaleza vertiginosa y alocadamente, de palabra y por escrito, con un total convencimiento

de que es más correcto y elegante que el indicativo. Y, por supuesto, además de encontrarlo constantemente en las emisoras de radio y en la prensa y otros escritos, yo lo oigo en Radio Clásica, todos ellos contribuyendo así diariamente al deterioro de nuestro discurso hablado o escrito.

De Radio Clásica tengo anotados, entre otros muchos casos: «...hemos escuchado la sinfonía...que se estrenara en...»; «una de las funciones que hiciera o que dedicara, y que fueran...», «la National Symphonic Orchestra [acento incorrectamente en la *el*], para la que escribiera...», «Acabamos de escuchar el concierto que Dvorak compusiera en Viena en...», «En uno de los viajes que el compositor realizara a Londres...», «este concierto, que realizase, mejor dicho, que estrenase...» (curiosa rectificación, para repetir ese subjuntivo en *-se*), «el ingente catálogo que Von Karajan dejara», «...que escribiera Bernard Hermann, que escribiera y grabara...», «nos llega desde la que fuera la última casa de Béla Bartók», «Como ocurriera en el concierto del pasado día diez...», «la versión que este director comandara [verbo comentado más abajo] en...», etcétera.

Usando como ejemplo el verbo «cantar», nos dice Alarcos (1994: 159):

1.º Se utiliza *cantara* como arcaísmo o dialectalismo en lugar de la forma compuesta *había cantado*, con valor modal de indicativo e indicando anterioridad respecto a un punto del pretérito:

[...] aún no había cumplido aquella especie de penitencia que se *impusiera*.

Recordó entonces el sobre azul que *dejara* al acostarse [...]

2.º Hay un uso afectado, periodístico y dialectal, de *cantaras* que la identifica con el indicativo pretérito *cantó*:

Se comenta el discurso que anoche *pronunciara* el presidente.

Otro ilustre académico, Emilio Lorenzo, escribió con su aguda perspicacia:

La prosa periodística, tanto si desemboca en los diarios como si aparece en los medios audiovisuales, está favoreciendo hoy unos usos verbales que, en vez de fortalecer la ya vacilante competencia idiomática de los lectores, sumen a éstos en el desconcierto: *Fulano de Tal, el que fuera entrenador del Logroño hace diez años* (a veces, *el que fuese*), en vez de *el que fue* (Lorenzo 1999: 686-687).

Incluso Lázaro, entonces director de la RAE, explicó ya, tratando de corregir este uso, el origen medieval de esta forma en *-ra* y su uso por los románticos, y comentó:

según los gramáticos, es absolutamente literario: «ajeno a la lengua hablada» afirma Gili Gaya, y repite el *Esbozo* académico. Lo mismo aseguran Alcina y

Blecua en su recientísima *Gramática* (Ariel 1975): «(cantara) se usa hoy con una clara intención estilística en la lengua literaria, y es precisamente desconocido en la lengua hablada» [...] Este literarísimo imperfecto en *-ra* vive, pulula y triunfa, ¡quién lo dijera!, en las retransmisiones deportivas [...] Qué emoción la mía al escuchar la parla medieval o romántica [...] del locutor [...] describiendo [...] cómo Amancio abrazaba con cariño a quien tantas veces lo *masajeara* (Lázaro 1998: 54-56).

9. Las redundancias en el discurso incorrectamente cuidado

También para esto podemos recurrir a Radio Clásica, sobre todo a algunos de sus presentadores o presentadoras, de los cuales yo he guardado ejemplos como: «A continuación vamos a escuchar seguidamente...», «A continuación, seguidamente,...», «Luego, posteriormente, Alma Mahler...», «[...] conforman y constituyen...». También nos resulta extraño oír: «Con todos ustedes, la orquesta...», en lugar de simplemente «Con ustedes...», puesto que sus oyentes no pueden ser sino todos los que vayan a escuchar la pieza anunciada, ya que los demás no cuentan; y aún más chocante fue oír un día: «Probablemente, quizá...».

10. «Fulano, quien...»

En los últimos años hemos visto extenderse en los medios de comunicación la preferencia casi exclusiva por el relativo «quien» con antecedente sustantivo en frases explicativas, típicamente al presentar a una persona en público o al referirse a ella. En mis notas sobre Radio Clásica guardo, por ejemplo: «Mozart, quien compuso esta pieza siendo muy joven, después escribió...», «Se trata de Granados, quien escribió esta obra en [tal fecha]». Claro que es correcto decir, por ejemplo, «Se lo dije a aquellos señores, quienes no sabían nada»; pero sin olvidar que en frases explicativas también lo ha sido siempre, y mucho más corriente, utilizar «una construcción normal de relativo: *Mi tío, que fue funcionario...*» (Alarcos 1994: 106), como podría decirse: «Se trata de Granados, que escribió esta obra...». No ha faltado en este uso la influencia (y en ese sentido resulta un extranjerismo gramatical) de quienes usan «quien» por estar acostumbrados al *who* inglés, prácticamente su única posibilidad; pero ni aplicándolo al Primer Ministro inglés hay por qué decir: «el laborista Gordon Brown, quien pasó por esa misma sala de plenos la víspera» (*ABC*, 26.3.2009).

11. Otras construcciones más bien sui géneris

11.1. Radio Clásica prodiga giros como: «A la espera de que les haya agradado», en lugar de, por ejemplo, «Esperando (que) les haya agradado»,

ya que «estar a la espera» significa estar esperando hasta que algo ocurre, como cuando nos dicen: «Estamos a la espera de conectar con nuestros equipos en Berlín», o hablando de «cazar a la espera». Aún más extraño suena cuando nos dicen al final de un concierto: «En la espera de que hayan ustedes gozado de...». El *DRAE* aclara para «espera»: «Acción y efecto de esperar» [...] «cazar a espera o “a la espera”, “estar en espera”, “estar en observación esperando alguna cosa”».

11.2. Sin que sea incorrecto en absoluto, cada vez parece privar más el uso casi exclusivo de *propio* como adjetivo demostrativo enfático de identidad equivalente a «mismo», en frases como las que oímos en Radio Clásica: «la orquesta la dirigió el propio compositor», «al propio compositor no le agradó», «la orquesta la dirigió el propio Stravinsky», «en la propia Sevilla», etc. Frases totalmente correctas, pero que nunca oímos alternando con «el mismo Stravinsky la dirigió» o «la dirigió Stravinsky mismo», «en la misma Sevilla» o «en Sevilla misma» (como adjetivo), o «en Sevilla mismo» (como adverbio).

Por cierto, al oír que un concierto «está teniendo lugar [al menos no «se está produciendo»] en el propio corazón de Londres (en lugar de «en el mismo corazón» o «en el mismísimo corazón»), ¿no es sorprendente que no digan «London», como dicen continuamente «Girona», «Ourense», «el Gran Teatro de Xátiva», «A Coruña» o «Lleida»? ¿No deberían ser consistentes con estos últimos ejemplos y tratar todos los topónimos en su lengua original: New York, München, Louvaine?

11.3. A esa misma tendencia a expresarse con más elegancia parece responder, al hablar o escribir, la construcción adverbial, por otra parte correcta, *al igual que*, hoy ganando terreno rápidamente entre hablantes cultos y hasta «pseudocultos», sin que a quienes la utilizan se les escape casi nunca un «lo mismo que», «igual que», o «como».

11.4. Nunca tan molesto a nuestros oídos como el oír a un presentador de Radio Clásica: «Antonio García Abril es esta noche el protagonista absoluto *en base a* que todas las obras de la primera parte son tuyas», lo que nos hace recordar de nuevo a Lázaro Carreter: «Sé humilde: deja que sólo innoven los que saben. Si eres mentecato, no por decir *relax*, *prioritario*, *tema* o *en base a* dejarás de serlo» (Lázaro 1998: 356).

11.5. Y al mismo prurito parece deberse la preferencia, muy común también en Radio Clásica, por otra construcción adverbial en sí también totalmente correcta: *en torno a*. La guardo en ejemplos como: «Mozart contaba en torno a los dieciocho años», que ya parece sonarle a quien lo dice mejor que «tenía unos» o «tenía alrededor de»; «El poema es en torno a los amores de...», y casos similares en los que parece evitarse sistemáticamente

giros como «trata de», «es sobre» o «es acerca de». Lo mismo oímos cuando se refieren a cantidades, por ejemplo: «El estreno costó en torno a», que al menos podría alternar con «costó alrededor de...» o «costó unos...».

11.6. Algo de lo que también se abusa oralmente y por escrito es la muy extendida tendencia en comentarios biográficos a pasar cada vez más abruptamente del pretérito al presente, y viceversa, lo que leemos en las solapas de tantos libros, que no hace mucho me hería el oído cuando un señor me presentaba antes de una conferencia. A veces el cambio, como en esa ocasión, es absurdamente abrupto en oraciones contiguas, como en este ejemplo de Radio Clásica: «tuvo tal éxito que la hacen grabar».

11.7. Finalmente, en *el País* de 10 de marzo de 2009 decía el corresponsal de Pekín que el Presidente Hu Jintao había propuesto «construir una Gran Muralla sólida contra el secesionismo [...] y hacer progresar Tibet de una estabilidad básica a un orden y una tranquilidad duraderos», para poco después referirse el corresponsal a las «medidas de seguridad extraordinarias de cara a la efeméride». Sin embargo, si, como nos dice el *DRAE*, *efeméride* denota un acontecimiento que se recuerda en uno de sus aniversarios, y también la conmemoración de ese aniversario, el uso que hace este corresponsal de Pekín es incorrecto, ya que quiere referirse al tiempo previo a la realización de tal muralla, y no como a algo que ya ocurrió.

12. Innovaciones injustificadas

12.1. Hay una tendencia gratuita a crear, por ejemplo, adjetivos inexistentes en español, probablemente por eso de que una lengua necesita enriquecerse, o por emular la gran facilidad del inglés para de sustantivos formar adjetivos y verbos. Entre mis ejemplos de Radio Clásica, me sorprendió la alusión, refiriéndose a la actuación de un actor en *Hamlet*, a «su interpretación actoral», en lugar de «como actor» (aunque «actor» queda sobreentendido en «interpretación»). Otra innovación suya que me sorprendió fue oír hablar un día del «tema motivico» (debido quizá al inglés *motivic*), pudiendo referirse uno al «motivo recurrente», «motivo central» o el aceptado germanismo «leitmotiv»⁴.

12.2. También se observa en Radio Nacional el gusto por referirse a «La orquesta, dirigida por su nuevo comandatario...», y a que «[La orquesta es] comandada por...», cuando siempre se ha dicho «dirigida por», «a las órdenes de», «bajo la batuta de», etc. El *DRAE* define *comandar* como: «*Mil.* Mandar un ejército, una plaza, un destacamento, una flota, etc.».

⁴ Wolfgang Kayser lo explica y utiliza copiosamente en su *Interpretación y análisis de la obra literaria*, págs. 90-91.

12.3. Igualmente típico es la preferencia de algunos de sus presentadores por el verbo *comportar*, por ejemplo, «Tres movimientos comportan esta obra» a, en lugar de «formar», «constar de», «constituir», «configurar» o «conformar» (que algunos sí usan) para decir cuántos movimientos tiene. Sin embargo, el *DRAE* define «comportar» como: «1. Llevar juntamente con otro alguna cosa. 3. Implicar, conllevar», pero no con el significado de incluir, o estar constituido por, varios componentes. A veces llegan a la redundancia, ya citada, de decir, por ejemplo, que tantos movimientos «[...] conforman y constituyen...».

13. *El a veces frustrante prurito de sustituir con otro nombre*

Otra tendencia que observamos en Radio clásica, y en otras emisoras, como si se tratara de una regla absoluta, es a no repetir el nombre de una ciudad o país después de mencionarlo por primera vez, lo cual puede sumir en la perplejidad a aquellos oyentes que, incluso por ser extranjeros, pueden no tener ni idea de a qué lugar se están refiriendo, mucho menos si han encendido su radio, o han prestado atención, cuando se mencionan esos lugares por segunda vez, por ejemplo: «En Sevilla», y, más tarde ya sólo «en el teatro de la capital hispalense»; «Barcelona», y luego ya «la ciudad condal»; «Valencia», y luego «La capital del Turia».

Lo mismo ocurre cuando, por nada del mundo, repiten «Mozart», sino «el músico salzburgués» o «el compositor de Salzburgo»; o «Beethoven», sino «el genio de Bonn»; O Nielsen, sino «el músico danés». Además, se añaden más comentarios hasta que empieza la pieza, con lo cual unos los identificaremos si la conocemos o nos suena inconfundiblemente a su autor, pero los menos conocedores de música, incluyendo los que desean aprender de la radio, quedarán bastante frustrados. Es como cuando, informando sobre el estado de las carreteras, nos advierten en la radio (y podemos ser hasta extranjeros): «En la provincia de Sevilla hay una retención a 35 kilómetros de la capital hispalense», «En las cercanías de la Ciudad Condal...».

De antología me pareció cuando oí en Radio Clásica, refiriéndose al programa de un concierto que estaban retransmitiendo: «Música francesa será el omega, como el alfa lo fue también la música gala».

14. *Omisión de nombres o títulos, con posible pérdida de esa información*

Relacionado con lo anterior, muy frecuentemente, al presentar una obra, se menciona un nombre de persona o de lugar, o un título de obra, y más tarde, quizá por creer, erróneamente, que no debe repetirse, se sustituye (para quien lo sepa, ya que todos no son melómanos instruidos) por información adicional. Con ello muchos oyentes que acaban de sintonizar en ese momento, y no al principio de la presentación, pueden no tener ni idea de

quién o de qué se está hablando, y pueden empezar a oír la pieza sin haberse enterado de su título ni de su autor. Ejemplo: después de oír una obra de «el burgalés Antonio José», identificado al principio, Radio Clásica se refirió sólo a «el referido compositor burgalés», y así se repitió dos veces más, para frustración de quienes no supieran quién podría ser ese señor burgalés.

Al poner Radio Clásica durante un homenaje a Odón Alonso, ya en curso, me quedé sabiendo sólo que la orquesta había sido «la agrupación de referencia». En otra ocasión, después de haber mencionado el nombre de la orquesta, tras un comentario, y antes de iniciarse su escucha (cuando acababa de encender mi radio, o pudiera haberme distraído un momento), sólo se dijo ya que había tenido lugar «en la sala de la referida orquesta». Como cuando mencionaron una catedral concreta donde alguien tocaba el órgano, pero al final del recital se refirieron únicamente a «la mencionada catedral». Y otras veces nos hablan de «el antes citado poeta», o «el citado músico francés», etc. En definitiva, se trata de un discurso cuyas lagunas comunicativas nos impiden conocer datos y hacer las debidas asociaciones.

Y aún puede ser peor hablando, por ejemplo, de un disco: «...del disco...», al mencionar de cuál se trata, para más tarde añadir: «Del mismo vamos a escuchar...» o: «En la primera parte del mismo...», y el oyente (que tal vez acabe de encender su radio o se ha ausentado un momento) pensará: ¿Del mismo qué?: ¿concierto?, ¿poema sinfónico? ¿Por qué no me lo dicen?

15. *Esas persistentes confusiones*

Ya en su *Diccionario de dudas* nos hablaba Manuel Seco de la confusión de *deber + infinitivo*, con el significado de obligación, y *deber de + infinitivo*, con el de probabilidad. Pero él mismo, recogiendo gran número de ejemplos literarios, encontró muchos más casos de «deber + infinitivo» como probabilidad que de «deber de + infinitivo» para obligación, para terminar recomendando «mantener la distinción establecida por la Academia (*deber + infinitivo = obligación; deber de + infinitivo = probabilidad*)», aunque reconoce que «se considera, en la práctica, admisible el uso de *deber* con el sentido de probabilidad; se considera inelegante, en cambio, el uso de *deber de* con el sentido de obligación». Y es este último uso el que oímos y leemos tan a menudo hoy día, por ejemplo, en un llamativo titular en negrita y entre comillas latinas o angulares, citando a la Baronesa Thyssen: «El arte debe de estar por encima de la política» (*El Mundo*, 14.11.2008).

16. *Anglicismos inadmisibles y falsos cognados*

Ahora que tanto cacareamos nuestra observancia de normas según la Comunidad Europea, y por fin bastantes españoles, saliendo de nuestro tradi-

cional provincianismo en cuanto a «conocer idiomas», tratan de aprender el inglés (optativo, aunque parezca increíble, en Periodismo, al menos en Madrid y Sevilla, que yo sepa), también esto está contribuyendo, incluso en manos de profesionales, a corromper el uso de nuestro propio idioma al adoptar con ignorante osadía toda suerte de inadaptables falsos cognados.

Por ejemplo, hablar en Radio Clásica de «plagiarismos» nos suena al posible *plagiarism* inglés leído en la funda de un disco, frente al español *plagio*. Lo mismo que el referirse a una pieza musical como «muy energética» suena al inglés *energetic* (correctamente aplicable a una persona o una pieza musical) y, por tanto, ajeno a la definición del *DRAE*: «Pertenciente o relativo a la energía. 2. Que produce energía».

Otra inaceptable influencia del inglés, ésta tal vez llegada en gran parte a través de presentadores de televisión hispanoamericanos, o por la influencia directa de los presentadores anglohablantes, es la que parece obligar (porque en inglés sí que es necesario) a añadir los pronombres *él, ellos, ella, ellas*, en, por ejemplo: «Tenemos con nosotros al violinista [...]. Él nació en Hungría», «Con nosotros está la soprano [...]. Ella se encuentra en nuestros estudios...».

Oímos y leemos cada vez más el *que* sin preposición donde debería decirse, por ejemplo, «Es por ello por lo que» o, aún mejor, «Por eso», «Por lo cual». Hablando de la malaria, decía la directora de Salud y Socorro de la Cruz Roja en un reciente número de su revista: «Es por ello que todos los países desarrollados tenemos que aunar esfuerzos [...]». Esta construcción, sin la requerida preposición antes del *que*, parece ser sencillamente, según la influencia sobre cada hablante, un galicismo, un anglicismo, un catalanismo o un americanismo, pues en Hispanoamérica sí que se usa así ese relativo (Alarcos 1994: 106), igual que en esas tres lenguas.

Y no pasemos por alto cómo se están contaminando, tanto los que hablan y escriben para un público como los demás, de ese totalmente inaceptable anglicismo *escenario*, con el significado de una serie de posibles futuras situaciones que pueden darse al desarrollarse ciertos acontecimientos o tomarse ciertas decisiones. Por citar uno de los muchos inadmisibles ejemplos que encontramos, éste se refiere a la posibilidad de que el Dalai Lama «pueda volver a Lhasa, capital del Tibet, y morir allí. Sin embargo, todos son conscientes de que es increíblemente difícil imaginar ese escenario con China en contra» (corresponsal en Nueva Delhi para *El País*, 10.3.2009). Efectivamente, aunque, según escribió Lázaro Carreter en *El nuevo dardo en la palabra* (2003), fuera cosa de los periódicos italianos, se trata realmente de la tan conocida acepción del inglés *scenario* (aunque, utilizándolo normalmente en Estados Unidos y Canadá durante la mayor parte de mi vida, no creo

haber incurrido en tan bárbaro neologismo), utilizado también, como nos define el diccionario *Webster*, como «un esquema de cualquier serie propuesta o planeada de acontecimientos reales o imaginados», o como esquema o sinopsis de, por ejemplo, una pieza teatral u ópera indicando personajes, escenas, etc., además de un no demasiado usado americanismo para guión cinematográfico.

A la misma categoría de anglicismo inaceptable pertenece el uso de *eficiente* cuando se quiere decir *eficaz*, como en: «El sistema de salud estado-unidense es ineficiente y caro» (*El País*, 10.3.2009). Sobre ello ya llamó la atención Emilio Lorenzo en su magnífico libro *Anglicismos hispánicos* (1996), explicando que el primer adjetivo «apunta a la actuación o al rendimiento; el segundo, al resultado» (pág. 85), pero cada vez con más frecuencia también observamos el uso incorrecto de uno u otro indistintamente, sencillamente porque quienes se consideran hablantes fiables no lo son y van propagando la consiguiente confusión.

Y a la misma categoría se está sumando (y oímos y leemos otros casos similares) una espuria acepción de *arruinar*, burdamente calcada de su homónimo inglés: «El riesgo [del “salto base”] es enorme, porque una simple brisa puede arruinar el salto» (*Magazine* de *ABC*, 29.2.2009), a lo que no podemos aplicar en absoluto su significado correcto de «Destruir, ocasionar grave daño» (*DRAE*).

El *DRAE* nos dice que *establecer* significa, por ejemplo, «Dejar demostrado y firme un principio, una teoría, una idea, etc.», pero yo he oído en un programa sobre Wagner que en un texto que escribió «establecía que su próxima ópera debería ser...». Sólo pude oírlo como un inaceptable anglicismo, tal vez al traducir de la funda del disco: *Wagner [...] established that his next opera...*, cuando, en este uso concreto de *establish*, podría decirse, «decidí», «había decidido», o incluso «dejó claro»; sin embargo, parece estar extendiéndose este anglicismo precisamente a medida que los hablantes aprenden inglés sin un firme conocimiento del español, especialmente cuando deberían referirse, según su significado, a «afirmar» (ej., unos principios), «demostrar» o «comprobar» (ej., un hecho), «decidir» (como en el citado ejemplo de Wagner), etcétera.

Aunque no son los anglicismos el tema de estas páginas, daré uno de mis más recientes ejemplos, de nuevo tratando de colarse por boca de quienes deberían ser más conscientes de su responsabilidad lingüística ante un público de radioescuchas: que un determinado instrumento, según Radio Nacional Clásica, «es muy demandado por las orquestas»; con lo que imaginé simplemente un posible, y correcto, «very much in demand» impreso en la funda del disco, pero muy lejos de cualquier uso reconocido por el *DRAE*.

17. El deterioro de nuestro propio discurso cuando nos pronuncian mal el inglés

Es un hecho indiscutible que en los medios españoles de comunicación se oyen muchos errores en la pronunciación del inglés, por otra parte injustificados, ya que eso se soluciona con cualquier buen diccionario que indique la pronunciación; y hoy mejor aún con el diccionario inglés sonoro disponible en la red. Hoy en cualquier país el ciudadano medio que no conoce el inglés procura aprenderlo, en muchos casos por la cuenta que le trae, por ser instrumento primordial de comunicación en muchos ámbitos (académicos, científicos, militares, comerciales, etc.), y no sólo en el mundo de la informática. Así pues, los ciudadanos que ya lo conocen, pero más aún los que quieren conocerlo, tienen derecho a oírlo correctamente pronunciado por quienes han asumido la responsabilidad de hablarles a través de la radio y la televisión (no digamos los que a veces tienen que escribir una sola palabra inglesa en un periódico y lo hacen mal).

Pero indudablemente muy pocos reconocen esa responsabilidad, y no sólo pronuncian mal el inglés, sino que lo hacen con una asombrosa y totalmente engañosa naturalidad, producto de la seguridad que les da su propia ignorancia, lo cual crea un mal hábito en quienes se fían de ellos y lo aprenden mal. Y con ello, y ahí está su delito, están enviando nuestro discurso; el de hablantes españoles, puesto que a nuestro idioma hablado incorporamos, en este caso defectuosamente, esos vocablos ingleses que, alternando perfectamente con los nuestros nativos, no podemos negar que forman parte de nuestro discurso, de nuestro español oral, en este caso salpicado de palabras inglesas, y que merecen la misma atención de estudio que damos al discurso sin ellas.

He aquí algunos ejemplos tomados de programas de Radio Clásica⁵.

1. Nombres de personas⁶

—«su amigo Bartolomeu», *Bartolomew*, 'Bartolomiú'.

—«el poeta Allan Poe», más como 'Po' (como en *boat*, *go*).

—«Jenri Púrsel», *Henry Purcell*, más como 'Pérsel' (entre *a* y *e*, como en *fur*, *urn*).

⁵ Con el ánimo de que sean útiles a cualquier tipo de lector, no utilizo ninguna transcripción fonética, sino que simplemente en muchos casos indico lo que es al menos aceptable, aunque no siempre represente la forma exacta de articulación vocálica o consonántica. Véanse las posibilidades articulatorias del inglés en Poyatos, 1993 (págs. 67-113). Lo dicho en la radio va aquí entre comillas latinas, « »; la forma ortográfica original, *con cursiva*; y la forma correcta se sugiere con comillas simples, ' '.

⁶ Durante muchos años un conocido presentador de la radio clásica canadiense solía en algunas ocasiones, después de decir un nombre de difícil pronunciación, deletrearlo para los oyentes que quisieran saberlo exactamente y tal vez buscarlo después.

- «la Reina Mari», *Mary*, 'Méri', nombre oído con tanta frecuencia.
- «Ralf Vógan Williams», *Ralph Vaughan Williams*, 'Von' (como *all, law*)⁷.
- «Léonard Bérstein», *Leonard Bernstein*, 'Bérnstain'.
- El pianista «Barri Duglas», *Barry Douglas*, 'Dáglas'.
- «Yeán Símons», *Jean Simmons*, 'Yin Simons' (la segunda *i* más abierta).
- «Bart Lancáster», *Burt Lancaster*, 'Bert Láncaster' (entre *e* y *a* (como en *fur, irk, Murray*)).
- «Múrrai», en *Anne Murray, Murray Perahia, Michael Murray* (apellido tan conocido), 'Mérrí' (*u* más como *e*)⁸.
- «Jéuet», *Angela Hewett*, 'Jíuet'.
- «Grájam Yónson», *Graham Johnson*, 'Gréiam' (como en *play, date*; y sin sonar esa *h*!
- «Yein Eire», *Jane Eyre* (tan popular novela y película), 'Er' (ligeramente retrofleja, i.e. la lengua algo hacia atrás).
- «Érrol Fláin», *Errol Flynn*, 'Flin' (*i* hacia *e*)⁹.
- «Nítengueil», *Nightingale*, 'Náitingueil' (con la tan básica palabra inglesa *night*).
- «Dávid», *David*, 'Déivid' (o mejor españolizado que mal pronunciado).
- «Zóltan Kodali», *Zoltan Kodaly*, 'Kodái'¹⁰.
- «Bráiten», en *Benjamin Britten*, 'Bríten'.

2. Nombres de orquestas y otros conjuntos musicales

Pudiendo decir 'orquesta' para los radioescuchas hispanohablantes, no hay por qué decir «Orquéstra», que todos oímos correctamente pronunciado como 'órquestra' a cualquier presentador extranjero no anglófono que quiere mantener la pronunciación inglesa. Además, también pueden traducirse muchos de los nombres aquí citados, en lugar de producirnos vergüenza ajena oír pronunciar repetidamente *orchéstra* en: *National Symphony Orchestra, London Symphony Orchestra, English Chamber Orchestra*¹¹, *National Symphony Orchestra, Cincinnati Pops Orchestra, Philharmonia Orchestra, Royal Scottish National Orchéstra*, etcétera.

También oímos decir: *Symphonic Orchestra* como «Sínfonic Orquéstra», en lugar de decir 'Orquesta Sinfónica'; *Philharmonia Orchestra* como, «Filarmonia Orquéstra», en lugar de 'Orquesta Filarmónica'; *London Philharmonic* nada menos que como «la Filármonic de Londres»; *The String Quartét* como «Estrin Cuártet», en lugar de 'El Cuarteto de Cuerda'. Durante varios días de retrans-

⁷ La forma más británica de su nombre (y como él prefería) es generalmente 'Reif'. Pero aún peor es oírlo repetidamente en el mismo programa como «Váugan».

⁸ Aún peor se oye como «Miúrrei», por creer que la *u* inglesa siempre se diptonga como *iu*.

⁹ Como siempre se conoció a ese actor en España, sin tener que «corregir» incorrectamente a los oyentes con poco conocimiento del inglés. Quizá pensando en *fly*, etcétera.

¹⁰ Como en húngaro y como nombre conocido internacionalmente.

¹¹ Agravando la mala pronunciación al decir «Ínglis», con las *i* tan cerradas como en español, y *Chamber* como «Chámber» (en lugar de 'Chémber' o 'Chémbar'), y, al menos una vez como «Choir» (¡con su *ch* y todo!, en lugar de 'Coaer' o 'Coa').

misiones desde el Albert Hall londinense nos dañaba los oídos una y otra vez oír «Lónon Sinfónic Orquéstra», dicho con toda naturalidad, mientras nuestros presentadores y nosotros se lo oíamos pronunciar bien a sus colegas de otros países; lo mismo que oímos, innecesariamente, «Européan [en lugar de 'Iuropían'] Comúny Orquéstra».

En cambio, parece lógico referirse en correcto inglés a la Cincinatti Pops Orchestra, a los Comedian Harmony (pero no «Comédian Ármoni», sino 'Comídan Jármoni'), a la Royal Danish Ensemble (pero no «Dánis», sino 'Déinis', ya que resulta más autentico que decir 'Conjunto Real Danés'), a la famosa Julliard School (pero no como «Escól», palabra tan básica, sino 'Scúl'), al Newbury Consort¹² como 'Níubéri Cánso't' (o más como en *father, car*), al Collegiate Brass (pero no «Colegiáte Bras», sino 'Colíchit Bras').

3. Títulos de obras

Es realmente sorprendente la naturalidad con que se pronuncian intolerablemente mal en Radio Clásica títulos como: *Show Boat* (como «Shou Bóat», en lugar de 'Bo^{ut}')¹³; *I Got Rhythm*, como «Ráitm» (en lugar de 'Rí'im' (*i* abierta y *z* suave, y esa y tan mal diptongada como la de Errol Flynn); *Lullaby* como «Lúlabi» (en lugar de 'Lálebai' (¡aquí sí que se diptonga!); *The Skywalker*, como «Escáiuólquer» (en lugar de 'Escáiuóker').

4. Topónimos y otros sustantivos

También es corriente oír pronunciar mal entre nuestros co-hablantes (pero más imperdonablemente a los mismos profesionales que nos ocupan) topónimos muy conocidos, por ejemplo: *Broadway*, como «Bróduai» (en lugar de 'Bróduei'); *Newcastle*, como «Niucástel» (en lugar de 'Niúcásel' (sin *t*); *Salisbury* como «Salísbury» (en lugar de 'Sálsberi', o españolizado como Salisbury); el popularísimo *Hollywood Bowl*, como «Báol» (en lugar de 'Bo'l'); o ese vergonzoso y repetido «Áuar» para *Award* (Premio), en lugar de 'Ouór'.

Lo mismo de mal pronuncian otros nombres de lo más básicos, por ejemplo, al referirse repetidamente a que una de las partituras de Miklos Rozsa estaba dedicada a la aventura de «los peregrinos del Méiflouer» (en lugar de 'Meiflaua'). Pero se los oímos pronunciar mal con tal fluidez que quien no esté seguro, o no sepa inglés, se lo creerá; y, lo que es peor, lo imitará, fiándose de quienes se espera que lo hagan bien¹⁴.

¹² *Consort* era el nombre de un conjunto inglés de música de cámara del siglo xvii, que podía incluir vocalistas.

¹³ Repetidamente pronunciado así de mal el 3 de febrero de 2006. Y su cantante, Howard Keel, como «Hóuard», en lugar de 'Háuard'.

¹⁴ Insistamos en que una fácil solución para hablantes radiofónicos de tanta responsabilidad es (además del citado diccionario inglés sonoro) tener a mano, por ejemplo cualquier edición reciente del *Webster's New World Dictionary, College Edition* (Nueva York, Simon and Schuster), en el cual, al ser también enciclopédico, encontramos todas estas palabras (aunque no nombres como Errol Flynn o Jean Simmons, pero sí un Laurence Olivier). Quienes nos hablan podrían ponerse con él a la altura de emisoras similares extranjeras y ayudarían a muchos hablantes compatriotas. Así intenté sugerirlo a Radio Clásica en una amable carta

Y un día se me ocurrió en una librería abrir al azar una enciclopedia de trenes, y el pie de un foto decía: «Cinco locomotoras compartiendo las facilidades» [por el inglés *facilities*, «instalaciones»] de la estación de Toronto.

18. *Recordando, con dos últimos ejemplos, a Mateo Alemán y su «Arancel de necesidades»*

Muchas más impropiedades y vicios de nuestro modo de hablar podrían mencionarse, sin que hoy deje de ocupar un lugar importante el deterioro del discurso cuando se salpica de inglés mal pronunciado, como hemos visto, tan característico de los medios españoles de comunicación, creando así un pésimo hábito entre muchos hablantes.

Cuántas veces cosas como las aquí comentadas me recuerdan a nuestro Mateo Alemán, del siglo XVII, porque, lo mismo que en el «Arancel de necesidades», incluido en su *Guzmán de Alfarache*¹⁵ (donde fustiga una serie de tonterías que seguimos haciendo), habría arremetido hoy en su ciudad natal contra el *Diario de Sevilla*, por escribir, por ejemplo: «La voz de alarma saltó cuando 40.000 pollos fallecieron en una instalación comercial de gallinas ponedoras de huevos en Jajien» (2.9.2006); también contra un titular de *El Faro*, del Campo de Gibraltar, que nos decía: «Victoria keniata en hombres y lusa en féminas en el Maratón de Sevilla» (25.2.2008); así como contra verdaderos ejércitos de malos escritores que merecerían toda una terapéutica monografía o tesis doctoral.

19. *Conclusión*

Tras ilustrar, al menos suficientemente, las incorrecciones y hábitos peculiares de quienes deberían dar ejemplo en su modo de hablar, podríamos resumir así sus consecuencias para nuestros hablantes:

- (a) que sus autores mismos delatan su desconocimiento ante quienes reconocen sus incorrecciones;
- (b) que sus destinatarios, en lugar de perfeccionar su propio repertorio expresivo, lo empobrecen;
- (c) que, debido a su engañosa fiabilidad y dada su categoría social, ejercen una nociva influencia contaminante entre los muchos otros que adoptan sus incorrecciones;

de mayo de 2007, incluyendo todas las observaciones a ella aquí referidas, sin que recibiera respuesta. Por otra parte, la encargada de unos libros míos en una editorial española, a quien di este consejo porque dividía mal mis palabras inglesas (problema que nunca he tenido en otros países no anglófonos), me respondió con cierta altivez: «No conozco ese idioma».

¹⁵ Parte II, Libro III, Capítulo I.

- (d) que eso hace que empobrezca la lengua a nivel de uso oral y escrito;
- (e) con lo cual caen en desuso las correspondientes formas correctas de expresión; y
- (f) en cuanto al inglés que oímos en la radio o la televisión incorrectamente pronunciado, eso frena y envicia su muy necesario aprendizaje por parte de los oyentes.

Uno se pregunta, entonces, tal vez un tanto utópicamente, si no podría algún organismo elaborar unos sencillos manuales como guías simplemente para indicar las áreas de peligro en nuestro diario hablar. Sería tal empresa un justo reconocimiento a quienes se han enfrentado hasta ahora a «la pedantería cazorra de los medios de comunicación y su incorrección disparatada», como dijo Javier Marías refiriéndose a Fernando Lázaro Carreter en su discurso de ingreso en la Real Academia Española en abril de 2008, de cuyo texto copié estas palabras, que confirman la intención de estas páginas, y las que seguían:

Ambas cosas, por desdicha, no han hecho sino ir en aumento desde entonces, y me temo que sean una marea ya imparable que acabará por convertir el español en un magma en el que chapotearán y se ahogarán los hablantes, condenados a no dominar más la lengua, sino a ser zarandeados por ella (pág. 17).

Bibliografía

- ALARCOS LLORACH, Emilio, *Gramática de la lengua española*, Madrid, Real Academia Española-Espasa Calpe, 1994.
- KAYSER, Wolfgang, *Interrelación y análisis de la obra literaria*, Madrid, Editorial Gredos, 1965.
- LORENZO, Emilio, *Anglicismos hispánicos*, Madrid, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1996.
- , «Norma y uso lingüístico», *Boletín de Filología*, xxxvii (1999), Universidad de Chile.
- LÁZARO CARRETER, Fernando, *El dardo en la palabra*, Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 1998.
- , *El nuevo dardo en la palabra*, Madrid, Santillana Ediciones, 2001.
- MARÍAS, Javier, «Sobre la dificultad de contar», discurso leído el día 27 de abril de 2008 en su recepción pública, Madrid, Real Academia Española, 2008.
- POYATOS, Fernando, *Paralanguage: A Linguistic and Interdisciplinary Approach to Interactive Speech and Sound*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1993.
- , «Enfoque integral del habla andaluza y su entorno a través de los elementos verbales y no verbales de sus textos», *Oralia. Análisis del discurso oral*, ix, Madrid, Arco Libros/ILSE, 2006, págs. 277-302.